

Cultura

Fallece Lévi-Strauss, padre de la antropología moderna

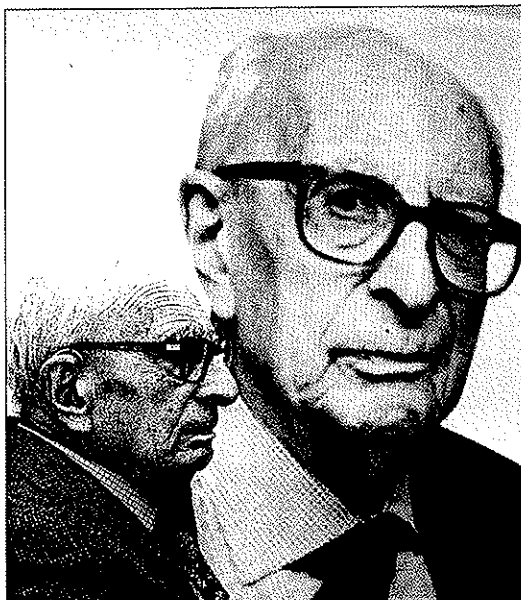
► A punto de cumplir 101 años, era considerado un gran intelectual del siglo XX por su influencia en la filosofía, la sociología y la historia

AGENCIAS PARÍS

El antropólogo francés Claude Lévi-Strauss, uno de los intelectuales más relevantes del siglo XX, destacado antropólogo y padre del enfoque estructuralista de las ciencias sociales, falleció el pasado sábado a los 100 años, según informó ayer la editorial Plon. Lévi-Strauss, que habría cumplido 101 años el próximo 28 de noviembre, influyó de manera decisiva en la filosofía, la sociología, la historia y la teoría de la literatura.

Dada su avanzada edad, el año pasado no participó personalmente en los actos conmemorativos de su centenario. Pese a todo, responsables del museo Quai Branly indicaron entonces que el intelectual se mantenía lúcido y en buen estado de salud.

Nacido en Bruselas en 1908, e hijo de judíos franceses, el autor de *Tristes trópicos* y *El pensamiento salvaje*, trabajó como profesor en la universidad brasileña de Sao Paulo y en la New School for Social Research de Nueva York, antes de ejercer como director asociado del Museo del Hombre de París y de



Claude Lévi-Strauss, en París en 2005. EFE/AMORZINSKI

enseñar en el Collège de France, hasta su jubilación en 1982. Desde 1935 a 1939 pasó largas temporadas con los indios del Amazonas, en Brasil, en una zona remota de la selva. Esta experiencia le marcaría, vital y profesionalmente, durante toda su vida.

Lévi-Strauss transformó la etnología contemporánea al elaborar un método original que aunaba el estructuralismo y el psicoanálisis para interpretar los mitos. Este fue el método usado para estudiar la organización de las tribus de Brasil y la de los indios del norte y sur de América. Sus primeras obras fueron *La vida familiar y social de los indios Nambikwara* (1948) y *Las estructuras elementales de parentesco* (1949).

Hijo intelectual de Émile Durkheim y de Marcel Mauss, e interesado por la obra de Karl Marx, por el psicoanálisis de Sigmund Freud, la lingüística de Ferdinand de Saussure y Roman Jakobson, el formalismo de Vladimir Propp y un largo etcétera, era además un apasionado de la música, la geología, la botánica y la astronomía.

Las aportaciones más decisivas de su trabajo se pueden resumir en tres grandes temas: la teoría de la alianza, los procesos mentales del conocimiento humano y la estructura de los mitos.

La teoría de la alianza defiende que el parentesco tiene más que ver con la alianza entre dos familias por matrimonio que con la ascendencia de un antepasado común. Para Lévi-Strauss, no existe



CONTRA EL ETNOCENTRISMO Abrió la búsqueda de elementos comunes en todas las culturas

Lévi-Strauss goza de un lugar preeminente entre los investigadores que afirman que las diferentes culturas de los seres humanos, sus conductas, esquemas lingüísticos y mitos revelan la existencia de patrones comunes a toda la vida humana. Gracias a él, hoy se tiende a rechazar los enfoques etnocentristas en la investigación a favor de los estudios orientados a comparar las tecnologías de los pueblos otrora primitivos en oposición a Occidente.

«TRISTES TRÓPICOS»

Su gran obra es un reposo a sus expediciones por Brasil en los 30

Este libro era esencialmente un viaje novelado sobre sus expediciones etnográficas en Brasil entre 1935 y 1939. En él hizo un uso exquisito de la prosa, la filosofía y el análisis etnográfico, hasta lograr una obra maestra.

una «diferencia significativa entre el pensamiento primitivo y el civilizado», indicó el profesor Rafael Díaz Maderuelo. La mente humana «organiza el conocimiento en parejas binarias y opuestas que se organizan de acuerdo con la lógica» y «tanto el mito como la ciencia están estructurados por pares de opuestos relacionados lógicamente».

«LOS TROYANOS», EPOPEYA Y VIRUS

Ópera

Guillermo García-Alcalde

«La Fura dels Baus ofreció en Valencia una interpretación musical apabullante y una visualización escénica llena de invención»

A la una y cuarto de la madrugada del domingo sonó en el Palau de les Arts un considerable abucheo. Fue el momento en que Padriša y su equipo de La Fura dels Baus salían a escena al final de una función que había comenzado a las ocho de la tarde del sábado. Las representaciones wagnerianas del pasado junio habían tensionado al público hasta hacerle estallar en ovaciones apoteósicas después de cinco y más horas. Pero Bertioz no es Wagner ni *Los troyanos* admite parangón con los dramas de la *Tetralogía*. A juicio del maestro Gergiev, esta epopeya francesa, inspirada en *La Eneida* de Virgilio, es la réplica mediterránea al ciclo wagneriano. La Europa meridional sale perdiendo en la comparación, pero tampoco ha habido nada parangonable en el área germánica, ni siquiera el desmesurado ciclo *Luz* de Stochausen.

No son raros los abucheos a los artistas

de La Fura, pero resultó el del Palau valenciano, cuyo público los adora después de su trabajo con Wagner. Radical injusticia, desde luego, porque si hay en el presente una opción idónea de ver la versión completa de *Los troyanos* (lo que no consiguió ni su autor) es con una interpretación musical tan apabullante como la que comentamos y una visualización escénica tan llena de invención actual. De entrada, ya es una genialidad asociar el fátum destructivo del poema de Virgilio con los virus informáticos, genéricamente conocidos por «troyanos» en alusión al «caballo de Troya», que entran en los sistemas operativos de la «sociedad del conocimiento» y los destruyen. La en buena parte acartonada «grand opera» romántica de Bertioz ha funcionado como referencia de uno de los problemas pendientes en el siglo XXI. Las alarmas informáticas que aparecen en la escenificación y los parpadeantes avisos de «fallo del sistema» signan el paralelo de dos civilizaciones separadas por miles de años. «El virus troyano está dentro de nosotros mismos —dice Padriša— y su efecto puede tener terribles consecuencias».

Los imaginativos recursos cibernéticos, las transparencias de varios planos de proyección, la incitadora belleza de los hologramas, las arquitecturas y artefactos legendarios aquí formados por docenas de ordenadores (el caballo, por ejemplo, o la consola múltiple que transforma el carnal suicidio de Dido en mensaje abstracto e infinitamente multiplicado), las naves espaciales, el canto en el vacío ingravido del «paseo» del cosmonauta fuera de la cápsula «informatizan» delirantemente

«Hubiera sido fácil cortar. Pero el reto del texto íntegro muestra un coraje que vuelve a poner al Palau de les Arts en cabeza de las casas de ópera»

las dos partes de la epopeya: la toma de Troya y los troyanos en Cartago. Momentos de genialidad plástica como la muerte de Laocoon y sus hijos, o el suicidio de la visionaria Cassandra y su hermana marcan, entre otros, los puntos culminantes de una producción sensacional en la que brilla incluso más que nunca el talento de Padriša y su videocreador Franc Aleu, el escenógrafo Roland Oibeter, el figurinista multimedia Chu Uroz y el iluminador Peter van Praet. Un sonoro bravo a los cinco, sumado a los muchos que trataron de callar los abucheos. Si su visión de Troya es memorable, no le va a la zaga la de Cartago, promisoría tierra de exilio para los derrotados (hasta que su destino les lleva a Marte, no a Italia), en la que el gran dúo de Dido y Eneas tiene por marco un campo eólico.

El acierto de la intendente del Palau, Helga Schmidt, parece indiscutible, aunque el texto poético y musical sea en ocasiones «droga dura» por su extensión intocada. Es la primera vez que *Los troyanos* puede verse en España, cuando vive su recuperación en las grandes casas de ópera. Y es tal vez la primera, a escala mundial, que puede verse íntegramente, sin ningún corte ni arreglo. La ocasión venía dada por la voluntad de Valery Gergiev, infatigable y espectacular director musical que llevará la versión a los teatros coproductores de

San Petersburgo y Varsovia, después a La Scala de Milán, etcétera. La formidable orquesta del Palau y su no menos importante coro, ambos gloriosos en el estreno, permiten estos alardes. Ambos colectivos dan prestaciones insuperables por brillantez, vigor y variedad, tanto en escena como en los intermedios. Estos hechos explican que el del Palau valenciano sea el único foso de ópera español frecuentado por las batutas de nivel primerísimo «sin traer su propia orquesta». En el mismo rango de exigencia están las voces solistas, con el *heldentenor* wagneriano Stephen Gould, en Eneas (su agudo una vez fallido en falsete carece de importancia en el conjunto de una interpretación admirable) y la mezzosoprano Daniela Barcellona, puro esplendor, en Dido; la cada día más generosa soprano spinto Elisabete Matos, en Cassandra; un inmejorable tenor lírico, Eric Cutler, en Iopas, y los impecables barítonos Gabriele Viviani y Stephen Milling, en Corebo y Narbal.

Droga dura, sí, porque la obra abunda en partes excesivamente largas y contiene alguna otra que no ha envejecido bien desde mediados del siglo XIX. Hubiera sido fácil cortar y condensar lo que sigue siendo inmortal. Pero el reto del texto íntegro muestra un coraje que vuelve a poner al Palau de les Arts en cabeza de las casas de ópera españolas y aun del mundo. Las hasta ahora referenciales producciones de Nueva York y Salzburgo se han quedado chicas y un tanto flojas ante el despliegue de talento de Padriša y sus *fureros*. Como ocurriera con *El anillo* wagneriano, estos *Troyanos* inmiscuidos en la falsa seguridad informática de nuestra civilización darán la pauta de la «obra de arte total» en el siglo XXI. El president Camps y la alcaldesa Barberá fueron testigos en el estreno.